

En el concepto de moralidad comprendemos no la simple noción de honestidad en su vulgar acepción, sino también el sentido de veneración á Dios y á la Religión; el respeto á los derechos de nuestros prójimos y cuanto entra en la vastísima órbita de nuestros deberes.

No poseen el sentido de moralidad, en consecuencia, los que por sistema abdican de todo sentimiento religioso; los que profieren habitualmente palabras indecorosas contra Dios; los que no se preocupan ni les interesa fórmula alguna positiva y exterior para honrarle. Adulteran el sentido moral los que faltan á las leyes de la justicia, apropiándose sin el debido título lo que no es suyo; prostituyen el sentido moral del vestido, del ornato y del arte, los que le dan formas provocativas, contornos indecentes, maneras indecorosas. Han perdido el sentido moral los que sacrifican víctimas á su egoísmo, á su pasión, á su interés; los que privada ó públicamente trabajan la ruina de una nación, de una provincia, de una ciudad, de un pueblo; los que dan espectáculos de inmoralidad en la administración y en el soborno. No entra, no puede entrar, el sentido del decoro en aquellos que coadyuvan y favorecen con su asistencia y su dinero para el sostenimiento y para el fomento de empresas que viven á costa de la inmoralidad del público. Estos, todos estos, carecen de sentido moral; que, en lenguaje tal vez menos técnico, pero sí más expresivo, equivale á calificarles de más degradados, menos hombres, poco ó nada cristianos.

Si concretamos nuestra atención en la clase obrera, se verá, fácilmente, que un siglo de naturalismo y sensualismo le ha robado la poca fe y la poca moral que recibió de la tradición y de los ejemplos populares. Le ha sido muy fácil suprimir los Mandamientos de la Ley, después de los ejemplos y la corrupción que le ha venido de lo alto. El hombre del pueblo es el producto, en gran parte irresponsable, de una civilización que diviniza la naturaleza y sus instintos más crudos y descarnados. El obrero recibe del medio en que nace, se desenvuelve y debe vivir, un conjunto de máximas, demasiado cómodas para que él las discuta y quiera abstraerse á ellas.

Si á esto se añaden otras circunstancias que acompañan y explican la desmoralización de la clase obrera, tal vez sentiremos la necesidad de reformarla y actuar su saneamiento. Desde el hogar, primera capa geológica de formación moral, la escuela y la calle, hasta el taller y el centro, el proletario y el hijo del arroyo no encuentran más que focos de corrupción, ambiente desmoralizador. Es preciso haber visto ciertos alojamientos obreros para darse cuenta de la imposibilidad en que están de guardar las más elementales conveniencias y las formas más rudimentarias de decoro. Y si el hogar ha respetado su inocencia, la calle se encarga de llevar á cabo la obra de destrucción. Hombres sin preparación cristiana; mujeres débiles y vanidosas; jóvenes de fácil seducción y accesibles á los halagos de la concupiscencia, forman todos juntos un balance de moralidad bastante desconsolador. La decadencia del pueblo en el orden moral es pública y notoria; desde las más altas á las más humildes esferas de la sociedad, el sentimiento de delicadeza y del buen gusto ha sufrido, en estos últimos tiempos, un descenso fatal y casi increíble. Es preciso llamar la atención de las personas que se preocupan aún por la dignidad humana y por

la pureza de los sentimientos cristianos, para que formen una cruzada vigorosa y extensa contra el alud de errores y falsedades que se difunden por la inteligencia del pueblo; contra la serie de espectáculos y otras manifestaciones públicas de inmoralidad, y, finalmente, contra todas las fases del amoralismo contemporáneo.

Si una gran muchedumbre de seres racionales están privados de sentido moral, como ya decíamos anteriormente otros que lo poseen por educación, por profesión cristiana ó por convicción, proceden en la práctica en abierta contradicción con el mismo. Semejante antinomia del sentido moral explica una serie de aberraciones ó anomalías, que la estadística sobre un gran número de personas cristianas sigue aumentando cada día con proporciones más alarmantes. Consignemos los hechos y estudiemos su naturaleza.

Es cierto que un número considerable de personas piadosas, ó sea, que frecuentan los sacramentos y se dedican á obras de piedad y caridad cristiana, no tienen el menor escrúpulo de asistir á espectáculos ó marcadamente inmorales ó de dudoso decoro. Es indudable que personas las cuales examinan cuidadosamente todas las noches su conciencia, no se dan cuenta ó no quieren dar importancia á ciertos escándalos que dan al público por lo extremado ó indecente de su vestido, por las palabras y conversaciones, por los ademanes y provocaciones del más refinado sensualismo.

Un industrial defrauda al comprador en la calidad, en la cantidad y en el precio de sus productos. A fin de sincerar su injusto proceder y de tranquilizar las recriminaciones de su conciencia, procura convencerse á sí mismo de que Dios quiere que prospere en sus negocios, y dado el funcionamiento actual de la industria, es imposible adelantar nada sin esta defraudación. Y tranquilo y satisfecho, con la misma mano que ha pasado las cuentas de su rosario, merma en la forma más astuta el peso de lo que vende, ó lo altera, mezclándolo con la substancia nociva de menor precio. Con la misma conciencia que protesta observancia de la ley, consume una manifiesta injusticia.

El teatro es un agente poderoso que debe desarrollar una tesis moral; y en este concepto puede llamarse escuela de costumbres que infiltra sutil y delicadamente en las conciencias las pasiones de lo bueno y de lo justo. Los grandes maestros del arte escénico han sido los mejores educadores de las muchedumbres. Pero sucede, con respecto al teatro algo parecido al periodismo: ó dirige ó es dirigido: es decir, ó tiene criterio propio y elevado por encima de las miserias humanas ó tiende á complacer incondicionalmente á los espectadores, acomodándose á los gustos más estragados, á las pasiones más exaltadas y á las costumbres evidentemente depravadas. En el primer caso, resulta el verdadero teatro la institución literaria y moral, la escuela de formación social; en el segundo, tendremos una plaga, una monstruosidad, un foco de corrupción, un centro de exaltación pasional. La decadencia moral del teatro y del cinematógrafo marca fatalmente la degeneración de un país; mientras que la grandeza de los mismos lleva á las conciencias ideas de justicia, de derecho, de honradez, de fraternidad, de virtud, lo cual constituye un conjunto de elementos de progreso social.

Pues bien; no pocas personas que se precian de poseer el sentido moral y religioso

asisten, sin rubor, á teatros y cinematógrafos en los cuales se sacrifica á una gracia de subido color el pudor y la virtud de una mujer; por hacer un chiste se enseñan y justifican los procedimientos nada decentes de tutor poco escrupuloso; se pone en ridículo la honradez de su esposo engañado; se aplauden frases y retruécanos de equívoca significación, y se dan, en fin, una serie de lecciones de irreligión ó impiedad.

Otro de los hechos ó fenómenos en donde se vé claramente el espíritu del mundo en oposición al de Jesucristo, es el baile (artístico en otros tiempos) que ha venido substituyendo el espíritu sensual de nuestra época. En todos los pueblos, desde los que se encuentran en el estado semisalvaje, hasta los que han llegado á un alto grado de cultura, ha sido siempre la danza, como recuerda la historia, uno de los medios de manifestarse el espíritu popular con sus diferentes formas de danza guerrera, danza pastoril, danza religiosa, etc. Actualmente no subsisten más que el baile popular y el de sociedad. La plaza, la calle ó el salón en que se celebran estas reuniones se ven pronto invadidas por una muchedumbre bulliciosa é inquieta, dispuesta á responder á las rápidas cadencias de vertiginosa danza. En aquellos momentos las conciencias se nublan; los buenos instintos se sofocan; los deberes más sagrados y respetables se olvidan y, frecuentemente, se mancilla el santuario de la conciencia. En los llamados bailes de sociedad no siempre se vé un estímulo sano desde el punto de vista moral, pues las formas y grados de exhibición femenina suscitan una porción de envidias, celos, veladas enemistades y, principalmente, ofensas al decoro, de los cuales la moral de Jesucristo sale bastante mal librada. Y no obstante, á ambas danzas asisten no pocas veces personas que se precian de poseer el sentido moral, el sentido religioso, y más aun, el sentido de piedad.

Poco conforme con el espíritu de la moral evangélica es, además, la manifestación extremada de la moda. Esta, para ser racional debería ser la aceptación de todo lo que en el vestido, en la habitación y en la mesa fuera conveniente para nuestra salud, conducente á la felicidad y bienestar del que lo emplea, y acompañado de cierto carácter estético. Debemos lamentar que, generalmente ocurre lo contrario: la moda está casi siempre en la exageración; y de ahí que presente casi siempre notas antiestéticas, incómodas y nada conformes con la higiene. Muy fácil sería demostrar con la estadística en la mano los fatales resultados que en el organismo humano han producido ciertas extravagancias y enormidades de la indumentaria femenina. Y las infelices esclavas no advierten que, á más de menoscabar la salud, malgastan el dinero y arruinan la familia. Todo lo cual repugna al más elemental sentido cristiano.

Estos son los hechos que todo buen cristiano debe lamentar. La explicación obvia y clara de semejantes fenómenos la encontraremos en el elemento pagano y sensual que tanta influencia ejerce en nuestras costumbres; en ese naturalismo predominante hasta en las mismas manifestaciones de piedad; en ese formulismo huero que traduce la inconsciencia religiosa de numerosos católicos. Este conjunto de errores y mezcla de costumbres, en el lenguaje cristiano se llama modernismo religioso. De tendencias marcadamente antievangélicas; de espíritu á todas luces mundano, semejante modernis-

mo se empeña en confundir la admirable ley del Sinaí, con los dictados de la naturaleza extraviada; el carácter sobrenatural y deficiente del cristiano, con el naturalismo crudo y el refinado sensualismo del mundo pagano. Por las costumbres, verdadera fisonomía moral de los individuos y de las colectividades, puede juzgarse en su justo valor la naturaleza, el carácter y las tendencias morbosas de semejantes espíritus.

Muy poco comprenden su misión en este mundo los que de este modo falsean el sentido moral y cristiano de la vida. El hombre y la mujer, el esposo y la esposa, el padre y la madre deben ser consecuentes con la norma y carácter que le impone su condición. Deben sujetarse á la ley moral que plasma los actos todos de su conciencia; deben santificar el hogar constituyendo en él un santuario; deben formar y nutrir á los hijos en las enseñanzas de la religión cristiana. Es en el hogar doméstico, santuario inviolable donde el hombre honrado encuentra los tranquilos goces, la calma y las dulzuras de un cariño leal y sincero, como compensación á las amarguras y decepciones que á cada paso se encuentran en el continuo batallar de la vida; es allí, digo, donde se desliza lo mejor de nuestra existencia; es en el hogar donde encontramos el ideal de grandeza y de prosperidad espiritual, si en vez de arruinarlo con el inmoderado modo de proceder, ponen á contribución todos sus elementos, las aptitudes y cualidades de que les dotara la divina Providencia. La ternura, la debi-

lidad, la delicadeza de una sensibilidad exquisita que aporta una esposa y una madre; la inteligencia, la robustez, la saludable energía del esposo, que sostiene, vigoriza, corrige las aberraciones y marca á cada elemento el camino que le corresponde; para cumplir con su destino dentro de la familia, todo contribuye á formar ambiente de felicidad en el hogar.

En este sentido padecen una lamentable equivocación los que presentan á la mujer, principalmente como instrumento obligado del mal, como elemento necesario de perversión. La misión providencial de la mujer es santa, es moral, inviolable, digna de religioso respeto. Es el hombre generalmente, es la sociedad quien la pervierte y desnaturaliza quien la degrada y envilece. La mujer no es ni puede ser colaboradora de Satanás; es, sencillamente, la compañera del hombre y la madre de sus hijos; ella ejerce irresistible y dulce poder, ya en el hogar doméstico, educando, consolando, endulzando las amarguras de la vida, haciendo llevaderas y soportables las rudas luchas de la existencia; ya mostrándose modelo de modestia, de piedad y de caridad. Es ésta la verdadera condición moral de la mujer; como no puede ser otra tampoco su actuación social. El día en que así lo *sienta* la sociedad respetará su honor; la asociará á la obra del progreso humano, compartiendo la dominación que se ejerce por medio de la ciencia y de la virtud, y afirmará más en ella el verdadero sentido moral.—P. F. DE B

dad, ayuda al compañero, orgullo, desprecio, agradecimiento y tantísimas otras que se suceden á medida que el niño juega, son experiencias vivas y espontáneas con color emocional, y, como tales, se convierten en posesión permanente del niño, nuevos eslabones en la cadena de un hábito, partidas que quedarán consignadas en el «Debe» ó en el «Haber» de la educación del niño, que influirán en su carácter y modo de ser. ¡Ya lo creo que tiene importancia el juego del niño! Y hasta me atreviera á lanzar la herejía de que es más importante para la educación del niño el preocuparse de «cómo y en qué juega», que de «cómo y qué aprende». ¡Si con el juego solamente puede reformarse una raza entera!

La mayoría de vuestros ateneos y sociedades de cultura podrían tener asociaciones autónomas de niños que cultivasen los juegos atléticos. Pudieran formarse bandos de veinte, ó menos, con niños de vuestra vecindad, con los hijos de vuestros socios, con antiguos alumnos de vuestras escuelas diurnas. Con sólo un poco de buena voluntad y con escaso gasto, podrían habilitarse, para campo de juego, solares para edificar, dentro de la ciudad, que ahora se los comen las hierbas; y esos chicuelos que vemos ahora jugando al «foot-ball» en las encrucijadas de las calles, tendrían allí, constituidos en asociación autónoma, un lugar propio y abrigado.

Probablemente, algunos de los que escucháis tendréis intervención en los Municipios de Cataluña. ¿Quién será bastante atrevido para preocuparse de los juegos atléticos de los vecinos de su Municipio y hacer construir en su término un parque de deportes ó sitio público para jugar, con un director apto, parque que pueda servir de modelo y ejemplo á toda Cataluña? Mas esta cuestión de los «playgrounds», ó jugadores públicos, aunque relacionada con el tema de este trabajo, requiere, por su importancia, tratamiento especial aparte.

Volviendo á las sociedades de niños, creo que el segundo, en orden de importancia, de los fines que deben perseguir, es el cultivo de las artes manuales tomadas como afición; tales como la carpintería, los trabajos en hierro, el modelado, la encuadernación, etc. La inclinación y el gusto á los juegos de movimiento es, en los niños, una manifestación del instinto natural de actividad; el deseo, la afición á construir ó á destruir, á hacer cosas, son otra fase del mismo instinto. Satisfaciendo este deseo de hacer cosas, el niño educa los dedos, adquiere destreza manual, forma hábitos inapreciables de paciencia, de constancia, de exactitud, de coordinación de materiales y de propiedad, y, al mismo tiempo, gana conocimientos duraderos. Todas estas consideraciones, y otras más, justifican la introducción de los trabajos manuales en las asociaciones de niños que estamos proyectando; trabajos que no han de tener en modo alguno carácter de obligación ó deber, sino de expansión.

¿Tanto costaría transformar una de las salas de vuestros ateneos en taller, y equiparlo con herramientas y materiales de carpintero y de cerrajero, por ejemplo? El gozo que proporcionaríais á los pequeños compensara sobradamente vuestros esfuerzos. ¿Quién de vosotros ha olvidado sus aficiones de niño, sus obras con sierras, maderas, clavos y martillos, las cajas, las jaulas, los barcos, los molinos de viento, las mil y una invenciones que se intentaban?—Los

= Las asociaciones autónomas de niños =

Trabajo leído por D. Eladio Homs en el «Congreso Regional de Ateneos y Asociaciones de Cultura», celebrado en Reus

(Conclusión) (1)

IV.—Las niñas.

V.—Resumen.

Hay que enseñar á nuestro pueblo á que goce más de la vida, haciendo se dedique á actos intensos de recreo; hay que infiltrarle hábitos de juego al aire libre, haciendo que agite más brazos y piernas, que salte, que corra, que mire al cielo, que vaya despechugado al sol, que profiera gritos de combate atlético, que ría alegremente con risa de hombre sano. A fuerza de explayarse en ejercicios físicos, lo iremos vigorizando, lo moralizaremos, le haremos apto para la vida moderna. El pueblo que sabe jugar cordialmente, es pueblo de equilibrados. La nueva afición á los deportes suprimirá y reemplazará en él aficiones no tan dignas: los toros, el género chico, el cinematógrafo, el café, el juego de dinero, etc. Sólo un falso misticismo, que aun domina nuestras costumbres, puede habernos inducido á mirar de reojo el cultivo discreto del cuerpo y de la salud física; sólo él puede habernos impulsado á reprimir el juego de los niños; sólo él puede habernos conducido á considerar como un pecado el bañarse y andar limpio, y como una virtud el estar flaco y enfermizo. Que la divisa de nuestra bandera sea: «¡A la salvación del espíritu por la salvación del cuerpo!» El deporte, el instrumento de nuestra salud física, de aristocrático privilegio que ha sido hasta hora, hemos de convertirlo

en una de las conquistas de la democracia.

Puesto á decir, dejadme citaros otra ventaja de carácter educativo social que el niño puede obtener de los juegos atléticos organizados, tales como el «foot-ball», el «baseball», el «basket-ball», etc.; un fruto que fuera gran remedio para nuestro individualismo disolvente:—el *sentido del trabajo de conjunto*—lo que en lengua inglesa se llama «team-work». Las jóvenes generaciones catalanas, entregadas al deporte, aprenderían lo que nosotros no hemos podido aprender: la *disciplina de estar sometidos*, la sujeción á un capitán que es el más fuerte y el más apto, el trabajar por el triunfo del conjunto—del «team»—ahogando todo personalismo perturbador. No es esto querer atribuir al juego una importancia educacional desmesurada. Quizá mejor que en parte alguna, recibe forma en el juego el carácter del niño, durante el ejercicio de esa pasión absorbente que nunca le abandona y á la cual se entrega con las potencias francamente abiertas. Los preceptos, las reglas y las enseñanzas formales del maestro y de los libros, pueden no ser más que una adquisición intelectual, que, si la memoria los olvida, difícilmente dejarán rastro en la conducta, en la vida activa, y, por consiguiente, en la educación del niño. En cambio, los actos externos y las actitudes internas de subordinación, temeridad, alegría, temor, honesti-

(1) Véase el número 191.

niños que después de salir del trabajo ó de la escuela subieran á vuestro taller, no estarían, entretanto, por las calles desmoralizándose, ni escucharían cómo unos ganapanes cuentan cuentos obscenos en una esquina, ni fueran elementos de desorden en sus casas.—En los trabajos manuales, como en los juegos atléticos, es indispensable que los niños estén dirigidos por una persona inteligente en la materia y en el trato de los niños; éstos no han de ser tratados á modo de aprendices. Si se les deja solos, no harán nada bueno y tal vez sí algo malo. Es preciso no olvidar esto nunca; al niño se le han de seguir las inclinaciones naturales—las buenas;—pero se le ha de dirigir en ellas. Exactamente lo mismo que debe hacerse con el pueblo. Tampoco deben hacerse sin miramientos los objetos que los niños ejecuten. Deben obedecer á un sistema y á un método; han de seguir un orden progresivo de menor á mayor dificultad; de lo contrario, pronto se cansará el niño, se desanimará y nada se sacará de él. Pero todo esto es autoevidente y no es menester insistir en más detalles.

Al niño le agrada jugar y le gusta construir objetos. También siente gran interés por los animales y plantas, por la vida, por lo que bulle en torno suyo, ó cambia ó se transforma. He ahí otra cosa que puede ser objeto de ocupación agradable en las sociedades autónomas de niños: el estudio de la Naturaleza. Principalmente si se sabe hacer real este estudio valiéndose de observaciones del natural, de experimentos con plantas y animales y de las demostraciones pertinentes de física y química asequibles á los niños. Las asociaciones que con un fin de entretenimiento escogiesen estos estudios, debieran tener un jardincillo para poder cultivar plantas, dentro ó fuera de la población; jardín que haría sus delicias, sobre todo, si se sabía darle carácter experimental. A los niños interesan siempre los experimentos, el ver lo que pasará, lo que sucederá.

Hemos dicho que el fin principal de las asociaciones de niños debiera ser los juegos organizados. El trabajo manual, como hijo de una afición, se ha citado como segundo motivo. La jardinería y los estudios prácticos de la naturaleza acabamos de mencionarlos como tercer objeto. Un cuarto aspecto podrían presentar dichas asociaciones: el artístico y literario. Mientras que en los tres primeros se hace muy poco ó nada entre nosotros, en el último podríamos citar esfuerzos muy laudables. Muchos son los orfeones de niños creados durante estos últimos años, y no son escasos los cuadros dramáticos infantiles. Por sentimiento y por tradición, los ramos artísticos tuvieron siempre entusiastas cultivadores entre nosotros. Bueno es que así sea y continúe siendo; mas el lugar que señalo á la educación artística y literaria en esta enumeración de fines principales de las asociaciones de niños, dá ya á entender el valor relativo que les atribuyo respecto de las otras tres. Pueden reclamar aquí puesto los ejercicios de dibujo, especialmente si se metodizan y si los guía una orientación francamente realista. Los trabajos manuales engendran interesantes problemas de arte que han de resolverse de una manera racional. Los entretenimientos literarios pueden dar también, mucho juego, partiendo siempre de lo que por naturaleza siente y aprecia el niño.

A medida que los niños crecen y se hacen adolescentes primero, y luego adultos, los

objetos de las asociaciones, si éstas persisten, pueden irse transformando en armonía con los cambios de aficiones de sus miembros. Pero, en realidad, dignos como son de atención y todo, los jóvenes no deben preocuparnos tanto como los niños de doce á diez y ocho años, ya que los jóvenes se bastan más á sí mismos, son más independientes en sus relaciones, y sus gustos los satisfacen más fácilmente con cosas ya instituidas. El problema serio es con los niños, hasta ahora abandonados del todo á sí mismos y á la ciega eventualidad.

Nos toca hablar de otra providencia que debe tomarse en favor de los niños, y es la biblioteca circulante especial que sus sociedades han de tener á su disposición. A medida que el niño madura en experiencia y en trato social—suponiendo que sepa leer—suele despertarse en él gran sed de lecturas de carácter histórico y aventurero. Es la época en que le entusiasman grandemente las novelas del tipo de las de Julio Verne. Si no caen en sus manos libros saludables como los de este autor, el niño lee todo lo que puede y que solicite su atención ó curiosidad—historias de «detectives» ó libros embrutecedores que nunca debiera abrir. Las lecturas que voluntariamente se hacen á esa edad, tienen, por lo general, marcada influencia en las orientaciones de conducta que ha de seguir el joven y en el carácter del futuro hombre. Los ateneos ó centros sociales que emprendan el establecimiento de asociaciones de niños del tipo que hemos expuesto, deben preocuparse seriamente de la formación de dichas bibliotecas de libros que respondan á los gustos predilectos de los niños y que, no obstante, se mantengan prudentemente dentro de los límites del decoro. Conviene que el niño pueda llevarse esos libros por un número limitado de días para leerlos con toda libertad en su casa. El bibliotecario de semejante biblioteca debe procurar, ejerciendo de consejero amigo, dar gradualmente al niño libros de gusto más elevado, educándole de ese modo el gusto literario y el sentido común sin que él mismo lo note. En una colección bien escogida de libros puede hallar el niño un complemento excelente de su educación una vez salido de la escuela. No es menester insistir más sobre este particular, pues todo el mundo comprende fácilmente su importancia.

IV

Hasta ahora he venido refiriéndome á los niños. Los problemas educacionales de las niñas parecen no ser tan graves, como parece ser también menor la turbulencia de sus instintos, impulsos y pasiones. El hogar interesa y atrae más á la niña que al niño, y en él halla aquélla ciertos reposo y protección agradables. Por otra parte, pocos deben de ser los ateneos y sociedades que sostengan escuelas y organismos educadores para niñas. No obstante, no veo por qué razón no puedan también asociarse las niñas en forma parecida á la de los niños, si aquéllas tienen aficiones comunes que les unan y la garantía de una directora que sepa lo que trae entre manos. Una excelente materia de ocupación agradable para una asociación de niñas, pudiera constituir la economía doméstica, con estudios experimentales sobre alimentación, fisiología, botánica, etc. El caso que al empezar he presentado de la asociación de antiguas alumnas de la escuela cubana, ofrece un bellissimo ejemplo de lo que puede ser una obra post-escolar de edu-

cación femenina. Al mismo tiempo, deja entrever lo que sería una asociación de niñas ex-alumnas. La homogeneidad relativa de semejante agrupación representa un punto de superioridad sobre las sociedades autónomas de niños como se han venido explicando, y si se inspiran en los mismos principios pedagógicos y finalidades educativas que éstas, pueden resultar, indudablemente, de mayor eficacia.

V

Creo haber bosquejado en líneas generales la idea de las asociaciones autónomas de niños; entre vosotros, terreno abonado, he querido ponderar la labor extranjera que yo desearía que echase muy pronto retoños en nuestra casa y que produjese frutos bien catalanes. Podría seguir glosando y ampliando los conceptos ya emitidos; pero prefiero dejar el esbozo tal como ha salido, para que no pierda fuerza; y dejar para los que hayan acogido con simpatía mis palabras, el elaborar por sí mismos un plan completo.

Hagamos ahora un resumen de los puntos capitales que deben retenerse de esta disertación:

a) El niño que ha salido de la escuela pública y que ha entrado tempranamente á trabajar, siente ciertas necesidades de solaz y ciertas aficiones manuales, unas y otras indispensables para promover su normal crecimiento físico y mental. Estas naturales necesidades y aficiones lo llevan al ambiente desmoralizador de la vía pública y á las malas compañías; y aun así, sólo las satisface incompletamente.

b) Se propone la creación de asociaciones autónomas de niños para encauzar, dirigir y fomentar las actividades de recreo propias de la edad. Cada asociación de niños debe estar formada por un número limitado de ellos, y podría tener alguno ó algunos de los siguientes objetos:

1.º El deporte ó juego atlético organizado.

2.º Los trabajos manuales de carpintería, ferretería, etc.

3.º Jardinería y estudio de observación directa y experimental de la Naturaleza.

4.º Las actividades artísticas y literarias, tales como la música, la comedia, etc.

c) Cada asociación, además de una junta y un presidente elegidos por los miembros, debiera ponerse bajo la dirección de una persona adulta avezada en el trato suave de los niños y entendida en la materia que se adoptase como motivo de solaz.

d) Los ateneos y centros de cultura para adultos, podrían, sin grandes esfuerzos, preocuparse por instituir las asociaciones autónomas de niños y dispensarles la protección necesaria. Una sola institución de cultura podría amparar á algunas de ellas á la vez.

e) Por cuenta de la institución protectora de las asociaciones de niños, ó bien mediante pequeñas cuotas estipuladas por los mismos niños, debiera formarse una biblioteca especial circulante de libros de lectura que les gustaren.

Nada más tengo de deciros hoy. Mi deseo sería que en algún otro próximo Congreso de Ateneos y Asociaciones de Cultura de

Cataluña, pudiese alguien informar sobre el funcionamiento de asociaciones autónomas de niños, semejante en resultados á las mu- chas que hoy día funcionan en aquella tie-

rra bienaventurada en cosas de educación, que se llama los Estados Unidos.

ELADIO HOMS

14 de abril de 1911.

== LAS NOCHES AMABLES ==

(SEGUNDA SERIE)

Como María Stuarf...

De Cádiz no quedan más que algunos vestigios que son como dos ó tres gotas de luz en el craso reposo de la noche. Todo el pasaje de la banda de estribor se concentra ahora en la banda opuesta. La banda de babor, en efecto, es la más adrede para secar las últimas lágrimas y ordenar los pormenores de la travesía. Los que embarcamos en Barcelona paseamos la toldilla casi con despreocupación. Los que ingresaron en la última escala española, demuestran en su compostura, esa timidez que parece corrección y ese recelo que parece indiferencia. Y todos, ha un momento, apenas disipado el último alarido de la sirena, nos sentimos, seguramente, como angustiados, las gargantas un momento anudadas, el cuerpo invadido por un frío brevísimo, punzante. Es la idea de lo profundo, de lo peligroso del Océano; en una palabra: que nos enerva y nos obsesiona. La enormidad de centenares de metros de abismo sobre los que vamos á flotar ó bajo los que es muy probable sucumbir, especialmente, en esta época del blando, del aterciopelado Santo, Francisco de Asís. Quien más quien menos saborea en un éxtasis de arrepentimiento lo último que de la costa se presume. Las luces de la misma cada vez palidecen más. La de un faro que vacila de cuando en cuando un detalle fulminante, sugiere la idea de una agonía heroica, desesperada.. La de un buque que cruza á lo lejos, precisan el esquema de un transatlántico magnífico. Y las del infinito, como carcomido de puntos brillantes, brindan una solución, un consuelo, una compañía, para que la imaginación se ausente de la sima y de la pusilanidad infantil. Recuerdan ellas, noches de insomnios á duo y soledades de blancas peregrinaciones en la busca amarga del techo del espacio... Representan ellas, en cada vida y en cada espíritu, el pitagorismo eficaz para el cálculo de esperanzas y decepciones. Al que más y al que menos le ha de sorprender la amplitud de su observación. A mí me pesa tanta magnificencia, porque yo acostumbraba á verlas entre el espacio de los aleros de alguna vía húmeda de antigüedad y de misterio, durante el retorno á la casa escudada, luego de alguna tertulia reposada y sabrosa en la que contendían un magistral, un juez excéptico, alguno que otro crisálida, el músico que decoraba las pausas de la charla con alguna tristeza maestra y remota, y ora tres ora cuatro vírgenes li-

najudas que se despedían apenas la conversación dejaba de ser frívola... Yo no conocía de las estrellas más que las de esas fajas y las que coincidían con mi huerto de altos tapiales, lozano de naranjos, con un rosal antiguo que brotó para muchas ofrendas de amor, de piedad y de melancolía y un surtidor apagado, retina del jardín, piélago de unas ranas de croar continuo, y de unos peces dorados y fugaces... Ahora, pues, mi confusión es enorme. El blanco itinerario del Apóstol me parece mayor. Venus se me antoja más lejana. Todas, en fin, imperceptibles, casi alteradas, inmensamente distantes...

Una campanilla aguda me estorba obstinadamente. Es la alarma para la última colación. Lentamente los pasajeros se ausentan de la cubierta. No quedamos en la toldilla más que un marino joven, una dama enferma de mareo y yo. Nada se percibe que sea ajeno á la queja del mar rasgado por la proa. Así pasa algún tiempo. De pronto, un camarero se me acerca. Con una medida distanciada, pero al mismo tiempo pegajosa, me pregunta algo. Yo me quedo perplejo porque no puedo contestarle y porque lo que me pregunta empieza á interesarme. Por fin, niego brevemente y el fámulo se aleja cabeceando una impaciencia que es, acaso, el eco de una interjección. Yo, á mi vez, reanudo mis correrías constelares. Sin embargo, las palabras del camarero me preocupan, ó por lo menos me distraen. Por ellas he sabido el extravío de una pasajera que es bella, á juzgar por los perfiles meridionales que de ella me comunica el camarero, por si yo pudiera secundar su detectivismo. Desde hace un gran rato se le echa de menos. Ahora, en el momento del té, la desazón aumenta. Todo eso puede deducirse, porque un segundo camarero me interroga en el propio sentido que el primero. Luego cruzan y más cruzan, ávidos y preocupados, hasta los propios compañeros de viaje. Yo, para evitar las mismas preguntas á que he aludido antes, varío de posición. Encarado con la tromba que determina la velocidad del buque, cada vez mayor, siento necesidad de un cambio de orientación. Me encamino, pues, á la popa, halagado por el viento que sopla. En el vacío que divide la toldilla de las dos cámaras, reunidos, sumisos, alegres, varios emigrantes agotan el tiempo equilibrando, á fuerza de música, juglares y alegres decires. Cuando yo cruzo por entre ellos hacen un alto en la conversación y corresponden á mi saludo, ale-

gremente. Hay uno de ellos fornido y regocijado que me brinda una libación en una peluda y vieja bota. Yo no rehúso, antes bien, acepto. Vino debe ser ese de optimismo cuando así están de animosos y joviales cuantos de él participan. Luego unos cumplimientos de ritual y sigo mi paseo hacia la popa. En ella, de momento, no advierto á nadie. Lo único animado es el timón á vapor. Este timón se orienta de vez en vez desde el puente y á voluntad del capitán. Desde mi punto de mira se descubre sin disimulo la inmensidad. De los faros no se advierte sino un leve chispazo cada vez más ténue. La estela que produce el buque es amplia, luminosa. Primero, es un alboroto impecable que se trenza y se destrenza en una serie de interminables volutas. Luego, es una suave, una amansada onda que acaba por disiparse en una como orfebre emanación. Y por fin, desde ese punto en que la onda se pulveriza, se disuelve, se distrae, todo se reduce á un camino de luz, tranquilo, mudo, plano...

Ya casi en olvido el incidente que me obligó á discrepar del sitio que ocupaba en la toldilla, explayo mi añoranza de sol y de sosiego en la callada obscuridad que únicamente empapa un poco la radiación del buque. Pero, pronto, sin saberlo ni buscarlo, me encuentro en colaborador del incidente de la pasajera extraviada. En la parte opuesta, á babor mía, una muchacha ha sollozado débilmente. Me acerco en su auxilio, le pregunto. Ella me contesta medrosa, que, efectivamente, es la pasajera extraviada, apenas sin apartar la mirada del horizonte donde en realidad no hay más que una leve bruma y donde ella se obstina en ver un faro: la nota blanca de Cádiz. Trato, en vano, de convencerla de que cuando asegura es tan sólo quimera. Le entero, además, de la alarma que su ausencia ha determinado. Ella no atiende, divaga sólo alrededor de su empeño. Sus ojos andaluces parecen heridas recién sajas, tal es su exaltación. Su fisonomía todavía impuber, resume no obstante, el dolor de toda una generación. Y su cuerpo, de líneas todavía en débil y elegante esbozo, tiembla de frío y de dolor. Nunca hubiera imaginado que en un cáliz de capullo pudiera libar tan denodadamente la ponzoña de la amargura. Toda ella, pálida, desolada, parece un paisaje de abril empañado por la nieve y por la calma. Ella, en cuanto me dice, llora su calle, su barrio, sus flores, la Iglesia donde rezaba, la reja donde cuchicheara alguna risita maligna cada vez que pasara éste, aquélla, el de más allá. Ella en su tranquilo pueblo andaluz, era una reina, una felicidad... Yo le escucho conmovido. Luego me aventuro á decirle que es una buena española. Ella me mira un momento como sorprendida. Luego me contesta que á ella lo que le interesa, es aquel pedacito de universo donde el vino se hace de sol, las flores, de los astros, el dolor, de la noche, y donde todo parece reducido

á las cuatro líneas de una redondilla que luego es copla en boca de una mujer, y á la gama de una guitarra bien templada. Así habla en adorable regionalismo la preciosa mocita. Y así pasamos unos momentos para delicadeza y epitalamio de la noche templada, augusta ya. Al fin la convenzo de la necesidad de que vuelva á la cámara. Antes de acceder, mira por vez postrera el horizonte. Luego nos dirigimos al salón. Bulle el mismo en un frívolo regocijo. Se canta, al piano. Se profieren candongas de todo género y color. Se destruyen, en fin, unas horas con todo género de superficialidades. La entrada nuestra en el salón determina un alto en las chanzas. Se me concede la gloria del hallazgo de la niña. Un chusco arranca del cuadro de las millas el anuncio de la pérdida de una joya de diez y siete años y el de la consiguiente

gratificación al que la devolviera. Todos, empero, se interesan por el suceso y le sonríen con simpatía. Únicamente discrepa de esa simpatía general, la severidad obligada de la madre de la fugitiva. Esta señora no se explica el acontecimiento en forma alguna. Todo se le vuelve preguntar que á quién se le ha podido ocurrir semejante desatino. Nadie le saca de sus dudas, indudablemente para no contrarrestar la eficacia del sermón. Yo tampoco me atrevo á convencerla por no ponerme en una evidencia á la violeta. De poder verificarlo, esta señora podría enterarse de que hace ya una temporada de siglos, allá en el septentrion, una reina infortunada regó la estela del velero que la arrancara de Francia con el cálido rocío de sus lágrimas románticas...

ERNESTO HOMS

atractivos del raid Valencia-Alicante y de numerosos festejos nuevos que se preparan: Como siempre, creemos no dejarán de venir á visitarnos numerosísimos catalanes los días de alegres fiestas, con que les brinda la risueña ciudad del Turia.

F. PALENCIA

En Valencia se ha puesto el sol

Y ¡mucho cuenta con decir la verdad! Al que la declare virilmente, sin ambages ni rodeos, acósanle los espíritus entecos y escépticos de pesimismo. Quiérese mantener la ridícula comedia de un pueblo que finge engañarse, respecto á su estado.

MIGUEL DE UNAMUNO

«En torno al Casticismo».

Ello fué, que en un día lluvioso vi anunciada por las esquinas la hermosa producción de Marquina, que tanto deseara ver representar, y caminando sin pensar en nada, se me ocurrió, de pronto, poner el nombre de Valencia allí donde estaba el de Flandes; y, bajo aquel cielo de plomo que enviaba con insistencia su lluvia abundante en las calles desiertas de la urbe, escuchando el monótono ruido del agua, me pareció que, efectivamente, el sol había huido de la ciudad para nunca más volver.

¡Aquél sol! ¡Oh, el esplendor de aquéllos días gloriosos! Días de luz que iluminaron gloriosas hazañas, porque había fe en el pueblo y amor en los corazones, y en las fantasías, vagos deseos de infinito. ¡Dichosa edad, y siglos dichosos aquéllos! Había sol, y, bajo el sol aquél, hubieron poetas, artistas, filósofos, guerreros... Hubo patria.

No es sólo triste que todo cayera, sino el que Valencia lo haya olvidado todo, y, en el olvido, vaya desapareciendo su alma y pierda su dulce modo de expresión para no quedar de lo que fué más que el nombre.

Y así pensando, vinieron á mí mente las palabras de aquel moro viejo del Romance-ro del Cid, al ver á la ciudad sitiada:

Tus arroyos cristalinos
turbios ya siempre vendrán;
tus fuentes y manantiales
todos secados se han;
tus verdes huertas viciosas
á ninguno gozo dan,
que la raíz de sus hierbas
bestias roido las han...

y mirando desde la altura á la ciudad amada.

Cuando más la mira hermosa
más le crece su pesar.

Yo quisiera tener el secreto para levantar el espíritu de este pueblo, cuyo mayor defecto es la indolencia; estoy lleno de fe, pero me horroriza el pensar que el sol se ha puesto y el ver mi insignificancia para hacer un nuevo día.

Yo siempre espero; pero nada anuncia la alborada.

Es necesaria la lucha, precisa la acción constante, hay que decir las palabras que vibran en nuestra alma y expresarlas como nacieron; hay que amar mucho, porque el amor es el más claro y abundante manantial que riega los espíritus y hace que broten en ellos las ideas grandes y luminosas que la humanidad espera.

Es necesario no desalentar, que no mostremos nuestro cansancio, para que así otros nos sigan, llenos de fe, á la lucha que ha de traer nuevas épocas gloriosas. Hay que sa-

De Valencia

Crónicas é Impresiones

:: El amor á la tierra ::
De la pasada Exposición
:: La feria de julio ::

No viene al caso, ni el nombre de la publicación, ni los detalles del acto en la anécdota que vamos á glosar. Baste saber, que se trataba de una caravana de valencianos, unas dos mil personas; gentes de la sierra, del llano y de las ciudades de Castellón y Valencia, gentes que alejados de su tierra en peregrinación, cerca de un mes, sin saber una letra de ella, arribaban á tierra española de paso para sus respectivas localidades.

Algunos amigos, creyendo dar una grata sorpresa á los compañeros de viaje, nos adelantamos al grueso de los viajeros y, aprovechando el corto intervalo de diferencia de un tren á otro, combinamos que los recibiesen varios vendedores pregonando el periódico de Valencia del día, llegando minutos antes, y justamente el periódico favorito de los expedicionarios, el del color político y religioso que más grato les fuese, la bendita hoja que halla, en el rincón de su hogar, les llevaba con el nuevo día la palpación del mundo, y que tras tan forzada separación iba á ser, sin duda, arrebatada con delirio de manos de los vendedores.

Personalmente quisimos presenciar aquel curioso experimento de psicología de la multitud, gozar del éxito entrevisto...

Las poderosas locomotoras silbaban, de los coches se alzaba una gritería ensordecedora y el gentío inundaba el andén mientras nuestros hombres alquilados pregonaban escandalosamente el diario valenciano. Era el momento decisivo: ¿qué impresión iba á causarles? Estábamos emocionados.

Y fueron pasando. Unos atareados y cargados de bultos, otros pausadamente mirándolo todo con curiosidad, quienes bromeando alegremente, ora desfilando en grupos ó diseminados; labradores bien acomodados, familias de la clase media, señores aristocráticos; de cuando en cuando ya cruzaba alguno que, al encontrarse con la hoja

amiga, alargaba el brazo comprándola, y la desdoblaba ansioso ó la guardaban cuidadosamente; ya notábamos algunos semblantes en que brillaba un relámpago de satisfacción y alegría al oír pregonar el diario que en aquella ocasión venía á ser heraldo amoroso de la tierra... pero ¡oh desilusión! la mayoría, el grueso de la masa, pasaba indiferente, encantados, el rostro inexpresivo, como si el espíritu hubiese huido de sus cuerpos; algunos ni se fijaban tan siquiera en su periódico cotidiano, ó lo miraban glacialmente, como si en vez de tratarse de cosa de Valencia, fuese la Gaceta de la China, y entre dos mil personas, se colocaron, escasamente, cuarenta ejemplares.

Atribuían unos amigos asombrados, el fracaso á venir entre ellos mucha gente de los pueblos; ¡oh, si todos hubiesen sido de la ciudad! Otros ponderaban la fuerza que alcanzará nuestra región, cuando aquella gente sienta el amor intenso por su tierra, el espíritu regionalista de los catalanes que ahora ni comprendían.

Pasaban ¡las gentes de la tierra valenciana... ¡Y cómo me hería aquella frialdad tan grande! Pueblo mío, ¡qué profundamente duermes!

**

Lo que fué teatro de la hermosa Exposición valenciana contrista el espíritu. De todos aquellos suntuosos edificios, que habían de convertirse en museos rodeados de jardines, base de un espléndido Parque, de que tan necesitada está Valencia á penas si vá á quedar nada. Sin un supremo gesto del pueblo, la piqueta los demolerá en breve plazo; una sombra de amargura y desengaño anula frente del ilustre prócer, el marqués del Turia, quien ahora encuentran lamentables ingratitudes en los mismos que aclamaron sus sueños de engrandecimiento de la ciudad. Así somos.

Y para que no sean todo notas tristes cerramos esta crónica participando á nuestros lectores que las próximas ferias de julio revestirán este año grandísima importancia, pues, á su belleza de siempre, unirán los

lir á nuestros campos, porque, afortunadamente, la vega aun es valenciana y espera de la ciudad el día que no llega. Así no se entenderán nunca; porque campo y ciudad hablan de distinta manera, y, por lo tanto, hacen vida distinta y sienten de distinto modo.

Y si llegáramos á conseguir todo esto, si este soñar se convirtiese en realidad, y mirando el futuro común á todos los pueblos no dejásemos nunca de ser nosotros, mismos,

al dirigir nuestras miradas hacia el Oriente, veríamos salir de las gloriosas aguas del mar latino los primeros rayos de un nuevo sol...

Pero no nos engañemos; no seamos ridículos con el mal entendido valencianismo que impera, no nos asuste descubrir nuestros defectos, porque, si los ignoramos, malamente podremos ponerles remedio.

¡Y hay que cortar muchas plantas de raíz!

DANIEL MARTINEZ FERRANDO.

La Semana

La Mancomunidad

La favorable acogida que ha tenido en toda Cataluña la iniciativa de la Diputación Provincial de Barcelona, de la que hablábamos en el n.º 192, proponiendo una declaración de las demás Diputaciones provinciales de la región, favorable á la creación de un organismo común encargado de la dirección de las obras públicas, la cultura y la beneficencia de toda Cataluña, demuestra, en primer lugar, lo vivo del sentimiento patriótico, y luego, confirma el triunfo notable del criterio evolucionista y práctico en el terreno de la política regional, campo harto abonado á las intransigencias seculares. La Diputación de Gerona se ha ya adherido al acuerdo, no habiéndose recibido aún las noticias de los acuerdos de Tarragona y Lérida; pero recíbense en la de Barcelona felicitaciones y votos de conformidad sin cuento, que exteriorizando la voluntad firme con que Cataluña quiere afirmar su personalidad, le envían Municipios y Corporaciones, representando á todo el cuerpo vivo de nuestra patria.

La Diputación de Barcelona, con este sencillo procedimiento, ofrece provechosa lección á las demás regiones de España. ¿Por qué las Diputaciones de Zaragoza, por ejemplo, Teruel y Huesca, no se unirían por medio de un organismo para las obras y fines de utilidad común citadas? Y lo mismo en Extremadura y en León y en Galicia y en la Vieja Castilla y en Andalucía. Basta para que se entiendan en la voluntad de la alianza para que de hecho una política nueva, una política regionalista surja; política fundamentada en lo más sano y hondo de la raza y cuya finalidad sería la organización práctica, inmediata, de las energías culturales regionales.

Cada día que transcurre, cada lección de la realidad es en nosotros una afirmación de regionalismo. Este regionalismo se funda en un hecho de biología social. Todos los hombres buscan agruparse instintivamente con afines para la satisfacción más económica (con mayor eficacia y menor esfuerzo) de sus necesidades. Las afinidades que distinguen á unos hombres entre sí, diferenciándoles de los demás, son las afinidades de tiempo—Historia, tradición—y de espacio—lengua, raza, costumbres; y los grupos naturales que estas afinidades determinan, son las regiones, y es bien evidente que el individuo podrá satisfacer—y de hecho satisfará—sus

necesidades vitales, sus problemas, alcanzar sus ideales, de acuerdo con aquellos hombres que sientan iguales ó semejantes necesidades, problemas é ideales, lo cual conduce á que la cultura, la supervisión social, los problemas todos sociales, se resolverán mucho más conforme á las leyes de la vida, por medio de la colectividad regional que no por otro resorte, que siempre se apartaría de las bases de afinidad que sólo en el hecho regional existen.

También conduce á decir esto, ó mejor, á repetir, puesto que es un hombre ilustre quien lo dijo por vez primera, que las regiones, y aun especialmente aquellas en que el vigor de los caracteres de la afinidad es tan vivo que supone el ser reconocidas por nacionalidades, son la garantía de perfección de la civilización humana. Esta afirmación se prueba en los estados de la vida regional simplificada, en los estados pequeños como Suiza, como Bélgica, nacionalidades cuya pequeñez misma explica la perfección y el grado de adelantamiento de su civilización, notablemente superior, con gran frecuencia, á los grandes estados sus vecinos. Cataluña puede legítimamente aspirar á este perfeccionamiento de la civilización, concentrando sus fuerzas culturales y económicas en una tendencia constante á la unidad política interior de nuestra tierra. Y en esta dirección de la fuerzas culturales reside el gran ejemplo para las demás regiones españolas.

Esta unidad política regional es lo que la Mancomunidad tiende á representar. Y para llegar á la Mancomunidad hay que ir elaborando un organismo puente. Si la Providencia no niega á Cataluña la fortuna del acuerdo entre las cuatro provincias, la política regionalista, que es política positiva de civilización, habrá cristalizado ya en una forma plástica.—R.

Poesía

Del precioso libro *«Les cent millors poesies de la llengua catalana»*, que escogidas, y bajo la dirección de Ernesto Moliné y Brasés, acaba de publicar en elegante tomo la casa editorial Antonio López, reproducimos unos deliciosos fragmentos de las famosas *Cobles de la Divisió del Regne de Mallorcaes*, que escribió *Fra Entelm Turmeda* (siglo XIV), uno de los clásicos de la lengua catalana, escrita en el precioso lenguaje literario de la época.

1

Si m lleví un bon maytí
temps era de primavera
e vay pendre mon camí
per una streta sendera,
trecant per cela carrera
fins que eu fuy arribat
en un gran e gentil prat,
ja lo sol declarat era.

2

Lo sol era declarat
e lo sol qui s'espandia
per aquell delitos prat
que tot de flors se cobria
en mig del qual aparia
un palau molt alt murat
de torres environat,
feites son per maestria.

3

D'un gran val es valejat
e tot de pera picada
es construhit e fundat,
tal obra ni tan presada
ja may viu ne tan placent
ple era d'ayga luzent
paria fos distillada.

4

Muyoles e storions
sobre l'ayga gint saltaven
anguiles qui jus lo fons,
barbes viu qui pasturaven,
lampreses qui encalsaven
savogues per a xuclar,
auceyls viu acabussar
qui vives les sen portaven.

5

Devaylí de mon cavayll
lexí l dins lo prat en destre,
e anant en torn lo vall
per la via a ma destra,
desusalt d'una finestra
una donzeyla parlá,
humilment mi saludá:
«Be sia vengut lo Mestre».

6

Tantost qui m'hae saludat
eu tan gran remor sentia
del pont qui's fo acalat
veus la porta qui s'obria.
set donzeyles en la via
viu tot dret vers mi venir
segons tot lo meu albir
vestides son a sa guisa

7

Totes porten ab colar
de dues colors partides
de vermeyll e d'un blau clar
lurs testes de flors cenyides,
de blanxes perles garnides
de marachdes e saffirs
amatistes e raubis
e granades gint polides.

8

Pres del franch acyyliment
la salut denant posada
ab semblant e rient
era cosa ordonada,
e donaven aparent
la una degues parlar
per les altres e recitar
a mi la lur embaxada.

Joaquín Montaner

Sonetos y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs. — Dos Ptas.
J. Horta, Impresor. — Barcelona, 1911

MOSAICOS				E · F · ESCOFET & C			
Ronda San Pedro 8				Barcelona			
Mármoles		Piedras		Maderas		Construcción	
						Decoración	